

## BIBLIOGRAFIA

DUPRE OLLIVIER, Michelle: *Breve manual de análisis polínico*. Instituto Juan Sebastián Elcano, C.S.I.C. Departamento de Geografía de la Universidad de Valencia, 1979. 48 págs. con 18 lám. I.S.B.N. 84-370-0111-0.

El trabajo que presentamos es una breve e interesante síntesis sobre el análisis polínico realizada con fines exclusivamente divulgativos, asequible, por tanto, y dirigida a lectores profanos en la materia, aunque conserva siempre un alto rigor científico.

El estudio empieza con una introducción sobre la importancia de la Palinología, que surge, como ciencia dedicada al estudio del polen y las esporas, ya en el siglo XVII con el descubrimiento del microscopio.

Inicia el primer apartado dedicándose a efectuar la descripción morfológica del “ grano de polen ”, la cual se apoya principalmente en dos características, a partir de las que se hace posible su estudio:

- La gran resistencia de la envoltura o exina, que le permite permanecer inalterable durante millones de años.

- La morfología del grano, que varía según el género a que pertenezca, por lo cual se posibilita su clasificación.

A continuación pasa revista brevemente al fenómeno de la Polinización y a sus agentes de dispersión, que pueden ser “ anemófilos ”, por el viento, o “ entomófilos ”, por los insectos. Además la diseminación depende de varios factores: la forma, el tamaño, el tiempo pasado desde que fue emitido, la estructura física de la vegetación...

Por el contrario, el siguiente apartado trata de forma más detallada los criterios metodológicos imprescindibles que se han de seguir para efectuar un correcto análisis polínico, destacando como principal problema en todo el proceso su laboriosidad y lentitud; estos criterios se pueden concretar en las cuatro siguientes actividades:

- Extracción de muestras de sedimentos en el yacimiento, cuyo proceso variará en el caso de que se trate de muestras recogidas en turberas, o en el interior o en la entrada de una cueva.

- Tratamientos físicos y químicos para separar las muestras de polen de los sedimentos que las engloban.

- Recuento y cálculo de los granos de polen encontrados.

- Interpretación de los datos obtenidos; para lo cual, y como premisa previa, se ha de contar con un buen y abundante material comparativo, compuesto por un archivo que incluye Esporoteca, Fototeca y Grafoteca, ya que este archivo es imprescindible a la hora de estudiar y clasificar los granos fósiles a través de los granos actuales, así como la elaboración de fichas y fotografías, aunque la adquisición de todo este material es bastante costosa y lenta, realizándose mediante intercambio; desgraciadamente no todos los laboratorios cuentan con esta ayuda, teniendo que suplir el estudio por otros medios.

En nuestro caso el apartado que más nos interesa es la aplicación de la Palinología en el campo arqueológico, ya que nos puede proporcionar datos muy importantes referentes a la relación entre el hombre y el medio ambiente que le rodeaba, el cual se puede deducir de la reconstrucción de la flora, lo cual nos viene dado por la Palinología.

También se hace especial mención a las precauciones que hay que tomar en las diversas fases del proceso a seguir; así, por ejemplo, a la hora de interpretar los diagramas habrá que ser muy prudente y tener en cuenta numerosos factores que podrían inducir a error; o también, que es menester recoger las muestras en el lugar menos contaminado y tener en cuenta el lugar donde se hayan tomado, al igual que será imprescindible un estudio detallado de la sedimentación de cada yacimiento, puesto que hay varias limitaciones que pueden modificar la interpretación del diagrama, como alteraciones de los sedimentos, aportes sedimentarios exógenos...; también puede variar la situación según se trate de un corte Pleistoceno o un yacimiento Post-Glacial.

Para acabar podemos afirmar que estamos ante un buen manual de iniciación a la ciencia Palinológica, que con la imprescindible ayuda de otras disciplinas, en especial la Sedimentología y los estudios de fauna, es de una gran importancia para los trabajos arqueológicos actuales, al permitir reconstruir lo que fue el ecosistema de nuestras tierras y su evolución, lo cual solo puede conseguirse dentro del marco de la interdisciplinariedad.

M<sup>a</sup> Carmen Vidal

**JESUS ALTUNA:** *Historia de la domesticación animal en el País Vasco desde sus orígenes hasta la romanización.* Munibe, año 32. Fascículos 1-2. San Sebastián, 1980. 163 págs; 22 figs; 12 lám.; 59 tablas; (28'5 x 21 cm).

La importancia de la publicación que pasamos seguidamente a comen-

tar reside, precisamente, en constituir un modelo de síntesis de lo que, en la actualidad, se conoce acerca de la domesticación prehistórica y protohistórica en el País Vasco.

El fenómeno de la domesticación unido a la agricultura marcan, como explica el autor, el paso de una economía depredadora y consumidora de las especies salvajes a una economía de producción que modificó las formas de vida de cada una de las distintas comunidades que hicieron uso de ella.

El presente estudio, realizado sobre un total de 16 yacimientos situados entre los ríos Atturri ( Adour ) y el Ebro, recoge los resultados obtenidos a partir de una serie de restos óseos de mamíferos, algunos de los cuales ( 6.620 ) habían sido publicados anteriormente y otros ( 14. 480 ) se publican por primera vez en este laborioso estudio, producto de las investigaciones realizadas por su autor desde 1.965.

El conjunto de los yacimientos estudiados han proporcionado un total de 27 niveles distribuidos en Neolítico, Eneolítico, Bronce, Hierro I, Celtíbero y Vasco-Romano; y han sido divididos para su estudio, en dos zonas claramente diferenciadas en cuanto a su orografía, clima y cultura. Por una parte, la zona denominada Septentrional, comprendería siete yacimientos como las cuevas de Arenaza, Pajucas, Aldeacuevas, Txotxinkoba, Urtiaga, Marizulo y Ekain, situadas en las provincias de Vizcaya y Guipuzcua. La zona Meridional, por otro lado, englobaría los nueve yacimientos restantes repartidos en cuevas como la de Los Husos y Gobaederra; castros como Las Peñas de Oro, Castillo de Henayo y Berbeia; poblados de la Hoya y Cortes de Navarra; Necrópolis de Lantatxo y, por último, el oppidum de Iruña, pertenecientes todos ellos a la provincia Alavesa.

El Dr. J. Altuna orienta esta síntesis, en una primera parte, hacia el estudio de las variaciones de la composición faunística de los períodos estudiados, para lo cual, va analizando por separado, las consideraciones desarrolladas en cada uno de ellos. De igual modo realiza, en el capítulo siguiente, un examen de las especies domésticas como el caballo ( *Equus caballus* ) el asno ( *Equus asinus* ) bovino ( *Bos taurus* ) ovicaprino ( *Ovis aries* y *Capra hircus* ) el cerdo ( *Sus domesticus* ) y el perro ( *Canis familiaris* ).

En el Mesolítico Final del País Vasco, caracterizado exclusivamente por una economía depredadora, el animal que aparece primeramente domesticado es el perro, cuyos restos se encuentran en el nivel Azilense de la cueva de Urtiaga. Sin embargo, esta afirmación plantea problemas al autor, el cual pone en duda la pertenencia de estos huesos de perro doméstico al nivel mencionado ya que tanto éste como el nivel superior presentaban anomalías arqueológicas atribuidas al tejón, animal de costumbres

fosoras; según él, los restos de *Canis* debieron pertenecer al nivel Eneolítico de la cueva.

La Neolitización en el País Vasco es tímida y tardía ( hacia el 3.500 A.C. Son escasos los restos identificados dentro de este período, por lo tanto, las conclusiones que de él pueden extraerse son relativamente reducidas. No obstante, puede apreciarse que junto a una economía depredadora, enfocada hacia la caza sobre todo del ciervo, aparece la economía de producción con el ganado ovicaprino, vacuno y de cerda. El primero es el que más restos óseos ha suministrado. Al no existir en el País Vasco los agriotipos de estas especies, el autor llegó a la consecuente afirmación de que llegaron ya domesticadas desde el próximo Oriente ( la cabra aparece domesticada por primera vez en Tell-Asiab ( Irán W. ) en el 9º milenio A.C. y la oveja en Zawi Chemi Shanidar ( Irán N. en el mismo milenio ). Esta foraneidad de la domesticación de la oveja y la cabra coincide con los resultados de los estudios faunísticos efectuados por Manuel Pérez Ripoll en el importante yacimiento neolítico de la Cova de l' Or ( B. Martí Oliver, etalii. Cova de l' Or, 1980. p p.193-255 ).

Al igual que la oveja y la cabra, el ganado vacuno está presente en los yacimientos del País Vasco desde el neolítico. La domesticación de estos animales, al contrario de lo que sucede con los ovicápridos, viene explicada por la abundancia de uro ( *Bos primigenius* ), su antecedente, en el Mesolítico Final de Arenaza, lo que induce a pensar en su posible domesticación dentro del País. Señalaremos además que, la presencia de este ganado es importante en los yacimientos vascos como especie suministradora de carne. Otra de las especies sobre la que se plantea su posible domesticación dentro del País es el cerdo, ya que su antecedente salvaje, el jabalí, era abundante al final del Mesolítico.

En los yacimientos sepulcrales del Eneolítico y más concretamente, en Los Husos, el autor advierte un aumento del consumo del ganado vacuno y de cerda, disminuyendo considerablemente la caza. En cuanto a la domesticación del caballo no puede probarse, con seguridad, antes de la edad de Hierro.

Al pasar del Neolítico al Eneolítico y edad del Bronce, se aprecia una disminución notable de la caza a la vez que se incrementa el consumo del vacuno. La existencia de ganado de cerda en el nivel inferior de Las Peñas de Oro, parece anunciar el interés que adquirirá el cerdo en la economía de la Edad de Hierro, momento en el cual continúa jugando un papel relevante el consumo del vacuno y el de cerda en detrimento de los ovicaprinos.

A lo largo de esta Edad se detecta la penetración, hacia el siglo III, del asno en la zona Meridional del País Vasco con la invasión de los pueblos

Celíberos procedentes de la Meseta. El asno llegó al País ya domesticado por cuanto que la especie salvaje es desconocida en la zona estudiada.

Los restos óseos del perro durante la Edad de Hierro están fragmentados y mezclados con vestigios de alimentación provenientes del ganado vacuno, ovicaprino y de cerda. Su importancia como alimento es prácticamente nula debido a la escasez de restos frente a los demás animales domésticos.

No podemos hablar de una penetración Romana propiamente dicha en el País Vasco; en todo caso se trataría de una aceptación por parte de los indígenas de algunos préstamos romanos. En general, el conjunto faunístico de estos niveles ofrece unas características muy similares a las de la Edad de Hierro, destacando la abundancia de vacuno como proveedor de carne.

El autor concluye el trabajo estableciendo una serie de tablas de medidas del material estudiado a los que acompañan los resúmenes estadísticos elementales de las piezas más frecuentes de los yacimientos que no hacen sino ilustrar y, al mismo tiempo, completar las investigaciones realizadas.

Antes de poner fin al comentario que nos ocupa, consideramos que es de sumo interés el hacer hincapie sobre la Metodología empleada por el autor de este estudio para determinar la edad y el sexo de los restos, así como las medidas, la altura en la cruz de los animales, el número mínimo de individuos, el peso de los huesos y las marcas que en ellos se presentan. Se ha recurrido además a la construcción de un modelo matemático que con la ayuda de un ordenador, proporciona una mayor certeza en los resultados a la vez que ofrece una comparación más precisa de los diversos conjuntos hallados en los distintos niveles y yacimientos.

Nos hallamos pues, ante una obra que se enmarca dentro de los incipientes estudios osteológicos llevados a cabo en la Península Ibérica, los cuales van a permitir poseer un conocimiento más exhaustivo de las culturas prehistóricas y protohistóricas que ocuparon nuestro suelo peninsular.

M<sup>a</sup> José Sánchez

B. MARTI, V. PASCUAL. M.D. GALLART, P. LOPEZ, M. PEREZ, J. D. ACUÑA y F. ROBLES: *Cova de l'Or (Beniarrés, València)*. Vol. II. Servicio de Investigación Prehistórica, Serie de Trabajos Varios, Núm. 65: 300 págs.; 66 figs.; 6 Tablas; 12 Gráficas; XXX Láms. Valencia, 1980. I.S.B.N. 84-00-0472-X.

La labor iniciada por el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia en 1.977 con la aparición del volumen I de la cova de l' Or, se continúa ahora con la publicación de este segundo volumen en el que su autor, B. Martí, presenta los resultados de las campañas de excavación realizadas por él mismo en el sector J, durante los años 1.975 y 1.976.

Aparte del estudio tipológico de los materiales, así como de la discusión y valoración de la secuencia estratigráfica lograda, puntos sobre los que volveremos más adelante, el presente trabajo es, fundamentalmente, el resultado de una colaboración interdisciplinar en el que por primera vez se analiza, desde múltiples ángulos, un conjunto cultural de nuestro Neolítico. Así, junto a los análisis de la fauna de vertebrados, debidos a Pérez Ripoll, y al de los cereales, de López García, encontramos los capítulos dedicados a la tecnología cerámica, debido a Gallart Martí, y el estudio de la malacofauna, realizado por los profesores Acuña y Robles, aspectos estos últimos tradicionalmente poco considerados en los estudios del Neolítico, y que, a juzgar por los resultados obtenidos, ofrecen un interesante campo a la investigación en las actividades económicas y culturales de las comunidades prehistóricas.

El estudio de Pérez Ripoll aporta interesantes conclusiones respecto de la importancia relativa y la selección de las especies domésticas, así como la constatación de cierto aumento en la productividad ganadera operado en los niveles superiores del yacimiento. No menos importantes son los resultados obtenidos del estudio ceramológico en el que Gallart logra diferenciar técnicamente dos grandes grupos: uno, estrechamente ligado a los niveles inferiores, en el que la cerámica, generalmente decorada, de pastas depuradas y superficies cuidadas, cuya utilización en actividades culinarias resulta altamente improbable; y otro, situado en los niveles superiores, en el que la utilización del desengrasante de calcita, las superficies lisas y sus formas, más abiertas, lo hacen especialmente apto para su exposición directa al fuego.

Uno de los aspectos del presente volumen que, sin duda, suscitará mayor interés entre los prehistoriadores es el referente a la valoración cronológica y cultural de la secuencia estratigráfica obtenida en el sector J. Los resultados de la excavación revelaron la existencia de varios estratos que el autor agrupa en tres niveles culturales diferenciados:

A/ El Nivel III. Es el más profundo, y corresponde a un Neolítico Antiguo. En él, el predominio de las decoraciones cardiales es absoluto. Tanto la cerámica, como las industrias lítica y ósea aparecen, desde este primer momento, plenamente formadas, presentando sus tipos más característicos; es decir, que la habitación del yacimiento comienza con la instalación en él de unas gentes poseedoras de una cultura correspondiente

al Neolítico Antiguo plenamente formado, de modo similar a lo observado para otros yacimientos peninsulares ( Carigüela ).

De nuevo se constatan las enormes diferencias que separan al primer Neolítico de los grupos Mesolíticos, diferencias que desaconsejan establecer relaciones de dependencia entre ambas. Si a ello añadimos el que tanto en Or como en Carigüela, sus primeros neolíticos aparezcan ex novo, sin que pueda mantenerse una continuidad con los mesolíticos, habrá que admitir que nuestro Neolítico deberá buscar sus raíces lejos de una hipotética evolución autóctona cuya explicación no encuentra las necesarias bases que la fundamente.

La cronología propuesta para este nivel ( C-14:  $4.600 \pm 290$  y  $4.770 \pm 380$  ), centrada en la primera mitad del V milenio a. C., se muestra acorde con los resultados obtenidos en otros puntos del Mediterráneo Occidental. Ahora bien, existe en la actualidad una tendencia a elevar esta cronología inicial del Neolítico Cardial basándose en los datos proporcionados por algunos yacimientos, tendencia a la que Martí, sin desechar completamente, tiende a limitar basándose en lo que a nuestro entender, constituye una adecuada valoración del propio método arqueológico, la estratigrafía comparada, cuyos resultados no pueden ser exclusivamente rebatidos partiendo de algunas fechas de C-14 que, además, entran en contradicción con otras obtenidas para estas mismas fases. Así, cree el autor que, sea cual fuere el resultado de las futuras investigaciones, no puede olvidarse que el horizonte cronológico sobre el que se sitúa este primer neolítico debe ser sensiblemente similar para toda el área del Mediterráneo Occidental, dado que los niveles cardiales de sus distintos yacimientos muestran una estrecha vinculación entre sus respectivas culturas materiales; y, por otra parte, debe tener en cuenta el techo cronológico propuesto para el Mediterráneo Oriental.

B/ El Nivel II. Fechado en la segunda mitad del V milenio A.C. ( C.14  $4.030 \pm 260$  ). Este segundo nivel representaría, de una parte, la progresiva disminución de las decoraciones cardiales, a la vez que el aumento, también progresivo, de las decoraciones incisas, acanaladas, impresas de instrumento y en relieve, pudiendo considerarse como la transición entre el Neolítico Antiguo y el Medio. Desde esta perspectiva vendría a coincidir con lo que parte de la bibliografía denomina Epicardial, utilizando este término para definir aquellos horizontes que, como el presente, presentarán un aumento de las decoraciones no cardiales, a la vez que una disminución cuantitativa de los tipos propios del cardial.

La ausencia en la estratigrafía del sector J de niveles correspondientes al Neolítico Medio, impide al autor extenderse en la discusión de sus problemas. No obstante, tomando como base sus anteriores trabajos, así como

los resultados obtenidos en Carigüela y Murcielagos para el Neolítico anduluz, asume plenamente la existencia de un segundo horizonte Neolítico, claramente post-cardial, que centrado en el IV milenio A.C., se caracterizaría, precisamente, por la preponderancia de las decoraciones no cardiales aparecidas en la etapa anterior. Este Neolítico Medio ( Neolítico tipo Fosca en anteriores sistematizaciones del autor ), vería la ruptura de la unidad cultural mantenida en todo el Mediterráneo Occidental durante el V milenio A.C. Así, mientras Italia ve proliferar multitud de facies locales o regionales agrupadas en los dos grandes círculos culturales de la península - Los basos de boca cuadrada en su parte septentrional, y la corriente de las cerámicas pintadas en la meridional -, en el S. de Francia, por el contrario, asistimos a la tendencia, cada vez más acusada, de situar entre el Epicardial y el Chasense la aparición de horizontes precoces del “ Neolítico Occidental ”, del que sería exponente, por ejemplo, la cultura de Montboló, sobre la que Martí ha expresado sus reservas, creemos que justamente, en distintas ocasiones.

C/ Con el Nivel I llegamos a las últimas fases de la evolución del Neolítico peninsular, probablemente evidenciadas en las capas superiores de dicho nivel, donde encontramos asociados una serie de elementos nuevos cuyos paralelos remiten a estas fases: Las cerámicas con decoración esgrafiada; las cerámicas peinadas y las puntas de flecha bifaciales, algunas de ellas logradas sobre sílex tabular.

Si bien la técnica del esgrafiado, en si misma, no posee un alto valor cronológico por cuanto su aparición se sitúa en la transición entre el Neolítico Antiguo y Medio italianos, perdurando, según las zonas y con diversas variantes, hasta el Neolítico Superior, creemos, con el autor, que la asociación de esta técnica decorativa con cerámicas de formas carenadas o abiertas ( platos escudillas ) y de superficies cuidadas remiten, tanto por sus paralelos peninsulares como por los extrapeninsulares, a una fase final del Neolítico. Idéntica conclusión puede extraerse de las cerámicas peinadas, aunque admitiendo su esporádica aparición en contextos anteriores.

El caso de las puntas de flecha de retoque bifacial merece, por parte del autor, ciertas matizaciones derivadas de la existencia de algún ejemplar en las capas profundas del yacimiento y que se relacionan, tanto tipológica como cronologicamente con los primeros ejemplares aparecidos en la fase antigua de la cultura de los vasos de boca cuadrada ( Arene Candide y Molino-Casaroto ). Sin embargo, todas las puntas recuperadas en el sector J y, en general, la mayor presencia del tipo debe corresponder, de acuerdo con los resultados obtenidos para el poblado de los Castillejos ( Montefrío, Granada ), a las fases finales del Neolítico y al pleno Calcolítico.



En resumen, nos encontramos ante un nivel en el que las cerámicas lisas ejercen, por primera vez en toda la secuencia, un claro predominio sobre las decoradas. Con todas las reservas inherentes tanto a la reducida extensión de la zona escavada, como a la dificultad en la interpretación de sus capas superiores, creemos encontrar en él los primeros indicios, escasos, pero significativos, de la existencia en las postreras etapas de habitación en la cueva, cronológicamente situables entre fines del IV milenio y los primeros siglos del III milenio A.C., de grupos neolíticos con cerámicas predominantemente lisas, cuya relación con los grupos del Neolítico superior de otras áreas parece probable.

Sin duda, la presente estratigrafía no agota todas las posibilidades del yacimiento. Las actuales excavaciones, proyectadas a largo plazo, y en las que cabe esperar idéntica colaboración interdisciplinar, permitirán un conocimiento más detallado de su secuencia evolutiva, con lo que algunos problemas que excedían los límites del presente trabajo podrán abordarse con mayor profundidad. Así mismo, el estudio de las estructuras de habitación y su organización espacial posibilitarán el acercamiento a las distintas fases culturales desde nuevas perspectivas.

Joan Bernabeu

**ALFREDO GONZALEZ PRATS:** *Excavaciones arqueológicas en España* Núm. 99. Excavaciones en el Yacimiento Protohistórico de la Peña Negra, Crevillente (Alicante). 1979, 272 págs., 21 Lám. (18'5 x 12'5 cm.), 177 figs. I.S.B.N. 84-7483-037-0.

Al pie de la sierra de Crevillente, en los macizos denominados Peña Negra y Castellar, se encuentra ubicado uno de los yacimientos preibericos más importantes de la Protohistoria Valenciana.

En efecto, el poblado de Peña Negra es uno de los escasos ejemplos que poseemos en el País Valenciano en el que, y a través de sus dos niveles de habitación, se nos presenta una evolución a partir de un Bronce Final de caracter foráneo sobre el que inciden, ya en el nivel superior, las influencias mediterráneas, concretamente fenicio-púnicas. Por lo tanto, este yacimiento es paralelizable en líneas generales al de los Saladares en Orihuela y al de Vinarragell en Burriana. Todos ellos comienzan su vida en el Bronce Final, poseen elementos de los campos de Urnas y entran en contacto, en un momento posterior, con los colonizadores púnicos los

cuales potenciarán su transformación, abocando, de esta manera, en la cultura ibérica.

Las excavaciones en este importante yacimiento se iniciaron en 1976, realizándose 6 cortes, que presentan cada uno de ellos dos niveles. El primero está formado por tierras con coloración blanquecina y textura purulenta y el segundo con bolsadas de tierras grises cenicientas.

Posteriormente, en 1977 se excavó en el sector II, el corte I, apareciendo un recio muro de 11'5 mts. de longitud; y una habitación de planta trapezoidal.

El resultado de estas dos primeras campañas constituye el tema de la publicación que comentamos. En ella se realiza una pormenorizada descripción de los materiales, tanto cerámicos, como de cualquier otro tipo, destacando por su interés el tesorillo que consta de: 1 anilla y un frg. de diadema de oro; dos collares y un frg. de torta de plata; cuentas de collar cilíndricas; un colgante-amuleto en forma de halcón; seis escarabeos de fayenza con inscripciones jeroglíficas; unas pinzas de depilar de bronce y un pequeño cuchillo afalcatado

Así mismo, el Autor realiza una descripción de la estratigrafía y de las estructuras de habitación, completándose el trabajo con dibujos de las plantas y los cortes de excavación.

El autor presenta por separado las dos campañas de excavación, pero en aras a una mayor claridad en este comentario, las analizaremos conjuntamente

### **El nivel II.**

Momento del primer asentamiento, está formado por bolsadas de tierras grises cenicientas y presenta una ocupación discontinua y un habitat de cabañas con hogares y cerámicas a mano. Forma el llamado Horizonte I, de economía pastoril con cierta actividad cazadora, demostrada por los restos óseos de oveja y cabra, y con una pequeña agricultura de secano, documentada por los granos carbonizados de cereal. Aparecen también unas placas agrietadas de arcilla quemada, y unas piezas circulares de barro sin cocer con perforación central, posibles piezas de hilar, que podrían demostrar cierta actividad textil.

La tipología cerámica presenta tres grupos:

1/ Cerámicas groseras, utilitarias, de superficies rugosas o alisadas y señales de escobillado, con decoración escasa. Las formas más corrientes son los cuencos hemiesféricos, ollas de paredes reentrantes, vasos bitroncoconicos y bases planas.

2/ Cerámicas cuidadas de colores oscuros y superficies pulidas y bruñidas. En algunos de ellos aparece un regresamiento en la línea de la

carena, perforado como un asa de sujeción. Las formas son cazuelas de carena alta.

3/ Cerámica decorada con incisiones de punzón aguzado y puntaroma que produce surcos y acanaladuras. Triangulos rellenos de trazos oblicuos paralelos o de circuillos; reticulados, ajedrezados y simples lineas en zigzag. Incrustaciones de pasta blanca.

Esta tipología presenta en general un marcado caracter foráneo, sin ninguna relación con el Bronce Valenciano, sino que por el contrario sus paralelismos hay que buscarlos en el Bronce Final Andaluz y en la cultura de los campos de Urnas, tanto de Cataluña como de la Meseta y Valle del Ebro.

El C-14 da una cronología para este nivel del  $740 \pm 50$  a. de C.

### El Nivel I.

Corresponde al segundo momento de ocupación y significa un cambio con respecto al anterior. Las viviendas se realizan a base de mamposteria y aparecen las primeras cerámicas a torno con formas de importación fenicio-púnicas perdurando, asimismo, las propias del nivel anterior; no aparecen restos óseos y la economía se convierte en cerealista. Las relaciones con zonas limítrofes son evidentes por la existencia de bronzisteria de tipo tartésico y por el conocimiento de la iluminación mediante lucernas de tipos griegos arcaicos.

A este nivel el Autor le denomina Horizonte II.

La tipología de la cerámica a torno está dividida en seis grupos:

1/ Anforas de diversos tipos, odriformes, ovoides y con hombro de arista y moldura escocida.

2/ Cerámica gris, que agrupa diversas formas: los platos de base plana y de borde saliente; cuencos; vasos de tipo caliciforme, globular, bitroncocónico; lucernas; soportes; etc.

3/ Cerámica de superficie negra brillante. Platos de base plana, vasos globulares y troncocónicos.

4/ Cerámica de tipo intermedio. Vasos de borde saliente y de cuello abierto, cuencos tapadera.

5/ Cerámica de pastas claras que agrupa varias formas. Vasos globulares, bitroncocónicos y troncocónicos; tinajas; vasos de paredes rectas, caliciformes y cuello estrangulado; platos de paredes abiertas; cuencos; lucernas.

6/ Cerámica con engobe rojo. Platos.

La decoración puede ser monocroma, a base de bandas estrechas de las que cuelgan trazos rectos u ondulados; circunferencias concéntricas, etc; o bicromas, representada de diversas formas; mediante alternancia de bandas color rojo y negro; con franjas o bandas de color rojo granate

enmarcadas por estrechos filetes color negro; con bandas negras sobre fondo rojo o mediante goterones negros sobre zonas pintadas de rojo.

En general, la cerámica a torno presenta un carácter arcaico, como lo demuestra la ausencia absoluta de los bordes en forma de pico o cabeza de ánade; así como la falta de pies diferenciados de anillo.

Este Horizonte II tendría su filiación dentro de los complejos tartessicos del Hierro Meridional con una cronología que va del 600 al 500 A. C. aproximadamente.

Interesa destacar en la segunda campaña la aparición de una casa de forma rectangular, en la que se aprecia un muro de 11'5 mts de longitud, con entrada formada por piedras dispuestas en ángulo y una pared medianera que la dividía en dos zonas: la sala grande con hogar central y la despensa donde se encontraron dos anforas aplastadas. En el hogar aparecen adobes informes y pequeñas plaquetas de yeso. El suelo de la casa es la misma roca virgen repicada y allanada.

Este trabajo de Gonzales Prats, reviste un gran interés por los abundantes elementos, fundamentalmente cerámicos, que aporta y que contribuyen, en última instancia, a un mayor conocimiento de la etapa Bronce Final-Hierro I en el País Valenciano, etapa que, en este momento y debido fundamentalmente a la escasez de yacimientos, permanece todavía con grandes lagunas.

M<sup>a</sup> Jesús de Pedro Michó

**CONDE GUERRI, Elena:** *Los fossores de Roma Paleocristiana*, Studi di Antichità Cristiana XXXIII. Pontificio Instituto di Archeologia Cristiana, Città del Vaticano 1979. 212 págs. XXII Láms. 2 plantas (26'5 x 18 cm.).

Elena Conde Guerri nos ofrece con esta obra, un estudio monográfico de unos personajes, los fossores (cuya misión era excavar las galerías de las catacumbas, hacer los lóculos y sepultar los cadáveres), a los que la carencia de datos había vuelto enigmáticos, siendo curioso el notar que esta falta de información se debe, precisamente, a lo cotidiano de su trabajo en la Roma de los primeros siglos del Cristianismo.

Las fuentes en las que se basa la autora, para este trabajo, son la iconografía, la epigrafía y las escasas referencias, más o menos directas, que hacen de ellos sus autores contemporáneos, tanto paganos como cristianos. Con todo ello intenta contestar a dos interrogantes, que la misma autora se plantea, por un lado, ¿Cuál es la situación social del fossor? y, por otro, ¿Tiene la representación del fossor alguna simbología funeraria?.

Como respuesta a la primera pregunta, puede decirnos que debían de

ser de clase humilde, por varias razones. En primer lugar, y es obvio, que un personaje de clase elevada, aunque fuera cristiano, no se iba a dedicar a picar; en segundo lugar, en el “ *Faustini et Marcellini presbyterorum partis Ursini aduersus Damasum libellus precum ad imperatores Valentinianum, Theodosium et Arcadium,* ” el autor de este libelo nombra a los fossores junto con los arenarios y quadrigarios, que eran la chusma de la sociedad romana; y, finalmente, porque los fossores no acceden nunca a grados eclesiásticos elevados, lo normal es que, como mucho, llegaran a subdiaconos y, alguno, a diacono. Pero hay otro aspecto dentro de la pregunta, su situación en la jerarquía eclesiástica; la autora se inclina a pensar, aunque presenta alguna fuente que induce a pensar lo contrario, como la epístola de Jerónimo I, 12, escrita alrededor del 370, que podrían tener alguna orden menor, pero sería voluntario.

En cuanto a la segunda pregunta, la respuesta sería afirmativa, apollada, sobre todo, en el hecho de que la mayoría de las representaciones de fossores están en las jambas de las puertas de las catacumbas. Queda el problema de saber ¿ a qué o a quién representaban ?; la arqueología nos presenta tres contenidos simbólicos distintos, que son: a un *genius loci*, con lo que se ensalzaría con una tradición pagana; a un trahimiente del personaje bíblico de Tobías, padre y, finalmente, a una antinomia de la Muerte; en esta última posibilidad, entraría en juego el simbolo de la lámpara, que por necesidad debían de portar los fossores, esa lámpara, en sentido metafórico, sería la que alumbraría el camino hacia la Vida eterna, hacia la luz verdadera. No se inclina por ninguna de las tres respuestas, siendo factible cualquiera de ellas.

La cronología de este estudio sobre los fossores abarca los siglos III y IV. Estos límites se deben a que, tanto la epigrafía como la iconografía no nos dan fechas anteriores y, por que después del triunfo de la Iglesia con Constantino, los cristianos comienzan, paulatinamente, a enterrarse al lado de las basílicas, por lo que las catacumbas, poco a poco, dejaran de utilizarse.

Divide, la autora, la actividad de los fossores en dos momentos diferentes: primero, durante el siglo III, los fossores harían su trabajo desinteresadamente, era una obligación explícita en la biblia y que las autoridades eclesiásticas recordaban continuamente a sus fieles. El segundo momento, sería el siglo IV, cuando tenemos la constancia, epigráfica, de que los fossores comerciaban con los lóculos, aunque no debían de obtener grandes beneficios, porque el fisco no se interesó por ellos.

La primera parte del libro, que esta dividida en cuatro capítulos, trata la iconografía de los fossores. Recoge y describe todos los cubículos

pintados existentes hoy día, con representaciones, lógicamente, de fossores. En total 17 cubículos, con 26 representaciones, repartidos entre cinco cementerios.

Para datar cronológicamente estos cubículos, la autora recurre a la división en tres períodos estilísticos de las pinturas objeto de este estudio. Los tres estilos son los siguientes: -1º El ilusionista ( últimos años del s. II a la Mitad del siglo III ). -2º El de transición ( mitad del siglo III hasta inicios del siglo IV ). -3º El renacimiento constantino ( del gobierno de Constantino hasta Valentiniano I ).

Dos hechos a señalar en las representaciones de estos cubículos; primero, la representación de fossores es numéricamente, muy pequeña en relación a la Roma subterránea cristiana, no está resuelto el motivo o motivos de esta minoría de representaciones. Segundo, la acumulación de diecinueve pinturas, sobre un total de veintiseis, en el cementerio de Pedro y Marcelino; en este caso apunta la posibilidad de que en este cementerio existía una tradición funeraria desde el siglo II, por lo que la figura del fessor tendría más valor.

En el capítulo III, describe dos representaciones pictóricas de fossores hoy perdidas, pero documentadas literariamente. Y cuatro representaciones incisas de fossores que se encuentran, hoy día, in situ.

La segunda parte del libro, la dedica al estudio epigráfico e histórico y, también, se divide en cuatro capítulos.

En primer lugar, trata de la semántica del término fessor, para intentar detectar un posible cambio desde su utilización pagana a la cristiana, pero no aprecia cambio alguno.

También, estudia los posibles términos sinónimos de fessor: *Arenarius*, que era el hombre que servía a las necesidades de la *arena*, es decir empleado del circo y del anfiteatro. *Vespillo* ( de *vespa*, avispa ), se encargaba de sepultar los despojos de los mendigos y abandonados, operación que llevaban a cabo al atardecer. Este término no se encuentra en autores cristianos. *Copiatae*, del griego *copiates*, que es la palabra equivalente a fessor en griego. La latinización del término, *copiatae*, fue muy utilizada. *Lecticarius*, que es portador de la litera, o *lectica*, donde se deposita el cadáver. *Decanus*, que es un término posterior al ámbito cronológico del trabajo, se denominaba así a los enterradores porque trabajaban en grupos de diez. Los términos que indican con mayor claridad la misión son *fossores* y *copiatae*, los otros vocablos parecen enmascarar la verdadera misión de estos hombres, quizá porque fuera un oficio demasiado humilde.

En el capítulo segundo, ofrece el repertorio completo de todos los epígrafes de Roma, que se refieran, sin ningún género de dudas, a

fossore; su fuente ha sido el ICUR (*Inscriptiones christianae urbis Romae septimo saeculo antiquiores*). Estas inscripciones las divide en dos grupos: A/ Procedencia conocida, B/ Procedencia desconocida. Aparte de agruparlas por cementerios, la otra división es en epitafios y compraventas. Total 83 epígrafes, de los que un 62, 65% son compraventas.

Recogiendo todo el conjunto onomástico de los fossore de los epígrafes, estudia un posible significado cristiano en los nombres, pero llega a la conclusión de que son nombres normales dentro de la onomástica latina de la época, aunque forzando muchas las cosas, a algunos se les podría ver una semántica cristiana, pero es muy arriesgado.

Termina esta segunda parte, y con ella el desarrollo del estudio, con la interrogante de si formaron o no *collegia*. Todas las fuentes, a este respecto, parecen demostrar que no. En el siglo III se podía deber a un mecanismo de autodefensa, pero en el siglo IV ya no había lugar a ello, y tampoco hay testimonios de que formaran ninguna asociación profesional. En vista de esto, y de otros detalles, creemos que a este estudio le ha faltado incidir en una cuestión de interés, que a nuestro modo de ver es la siguiente, ¿ser fossor es el oficio de esas personas que se denominaban así, o es una ocupación marginal, derivada de un elemental deber cristiano?. Naturalmente para dar respuesta a esta disyuntiva habría que hacer un estudio minucioso de las fuentes. Por nuestra parte, y a pesar de lo dicho, creemos que sería un trabaja a tiempo parcial. Por lo menos, en un primer momento, durante el siglo III, ya que todos los epígrafes de compraventa aparecen a partir del siglo IV, por que quizá en el precio del lóculo iba el salario del fossor. A esto hay que añadir que las fuentes no hablan de remuneración, ni de impuestos, ni nombran *collegia* de fossore. Cabe añadir, además, el escaso número de representaciones de fossore que hay en las catacumbas, debido a que quizá al tener otro oficio consideraban aquel más principal que este de fossor. Así como, el que de todos los epígrafes en los que nombran a fossore, solo el 34% son epitafios, el resto son menciones de compraventa. Naturalmente, creemos que este tema debe ser objeto de un estudio.

Al final del libro hay XXII láminas, en blanco y negro, donde aparecen todas las representaciones pictóricas e incisas de fossore con las que ha trabajado la autora. Lo que junto a la descripción detallada de estas representaciones en el capítulo I, de la I parte y, el desarrollo completo de todas las inscripciones referentes a fossore, en el capítulo II, de la II parte, hace que la autora nos ofrezca todo el material completo con el que ha trabajado, exceptuando, naturalmente, las fuentes escritas. Lo que añade un gran valor al libro.

En nuestra opinión, que es un trabajo minucioso y cuidado, en el que

las conclusiones se fundamentan sólidamente, por lo que adquieren un gran valor.

Hay que hacer notar, que la recopilación y estudio, de la iconografía y epigrafía romana de fossores, era un trabajo que hacía falta, puesto que hasta el momento, solo había trabajos parciales sobre este tema, con estas fuentes. A nuestro parecer es un estudio muy interesante, incluso ya indispensable dentro de su temática. A todos los valores científicos del libro, hay que añadir, lo asequible del lenguaje utilizado, lo cual aparte de hacerlo ameno, lo acerca al lector más profano.

Felisa Escribá Sangabino

**FERNANDEZ, J. H. y MANERA, E.:** *Lucernas romanas del Museo Arqueológico de Ibiza*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza. Núm. 1; Ibiza 1979, 22 págs. con IX láms.

**FERNANDEZ, J. H. y GRANADOS, J. O.:** *Cerámicas de imitación áticas del Museo Arqueológico de Ibiza*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza. Núm. 2; Ibiza 1980, 49 págs., con 14 figs. y I lám.

**FERNANDEZ, J. H.:** *Bibliografía arqueológica de las islas Pitusas*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza. Núm. 3. Ibiza 1980, 72 págs.

Estos tres primeros números de los Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza que aquí comentamos son el resultado de una acertada decisión, la de dar a conocer la gran riqueza de materiales que ese museo encierra y que en gran parte permanecen aún inéditos. Hacía muchos años ya que los investigadores venían quejándose del silencio que rodeaba, en cuanto a publicaciones, los ricos fondos de dicho museo, y ahora, gracias al entusiasmo y la continuada labor de su director, empezamos a vislumbrar algo de lo que en la isla se guarda.

Los dos primeros números tratan de aspectos que han sido demasiado a menudo menospreciados en la arqueología ibicenca. El primero presenta una pequeña parte de los materiales romanos aparecidos desde el inicio de las excavaciones en la isla, concretamente las lucernas. Si exceptuamos los breves trabajos de J. Colominas y M. Roca, el período romano en Ibiza ha sido dejado en general de lado, dedicándose los estudios al siempre atractivo mundo púnico, tan rico allí.

El segundo prosigue la labor que ya había iniciado M. del Amo en 1970, estudiando las importaciones de cerámica campaniense y sus imitaciones locales, abordando ahora los autores las imitaciones de cerámicas áticas. Esta aportación no deja de tener interés para el conocimiento de ese conjunto de materiales que cada día atrae más la atención de los investigadores, las cerámicas grises ( denominación que por cierto no se utiliza



en este trabajo, por considerarla los AA. equívoca, al ser aplicada a cerámicas de muy diversa procedencia: focense, ampuritana,...)

Finalmente, el número 3, la bibliografía arqueológica de las Pitiusas, dota a los estudiosos de esas islas, y en general del mundo púnico, de una inestimable obra de referencia en la que queda recogida una gran cantidad de libros, artículos, etc., sobre Ibiza y Formentera, muchos de ellos de difícil localización en la actualidad, o simplemente poco conocidos.

No cabe extenderse más, solamente recalcar la agradable y llamativa presentación de la serie, de cuya aparición debemos alegrarnos, y que nos deja ante la atractiva perspectiva de ver salir a la luz, en próximos números, interesantes aspectos de la arqueología ebusitana.

Carlos Gómez Bellard

**TEJERA GASPAR, A.:** *Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo Occidental, (Estudio tipológico)*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla. Anales de la Universidad Hispalense. Serie de Filosofía y letras Núm. 44 Sevilla, 1979. (20'5 x 14'5 cm.) 202 págs., con 42 figs. y 14 mapas de encarte. I.S.B.N. 84-7405-153-3.

Este estudio es el resultado de los largos años de investigación que el A. dedicó a esta su tesis doctoral, inspirado por el Pr. M. Pellicer Catalán, cuyos trabajos en la necrópolis "Laurita", Almuñecar, en 1962, reavivaron los estudios del mundo fenicio en la península ibérica. El propio Pr. Pellicer prologa esta interesante obra.

El trabajo comienza con unos preliminares en los que el A. expone las dificultades con las que se ha encontrado, dificultades inherentes al manejo de una extensa bibliografía que cubre más de 80 años de investigación y que en general, salvo contadas excepciones, no aporta tantos datos concretos como sería deseable. Especialmente en las obras más antiguas, no se mencionan las dimensiones de las tumbas, ni se describe minuciosamente el ajuar, ni, sobre todo, se publican documentos gráficos.

Presenta a continuación, de modo conciso, la metodología empleada, con la exposición de lo que debe entenderse por análisis tipológico, y el marco que el propio A. ha tenido que fijarse, debido a las dificultades arriba mencionadas. Queda el trabajo así bien circunscrito y resulta comprensible que no haya podido incluirse un análisis de las cerámicas, joyas, y demás materiales que aparecen en las tumbas. Como señala el propio A. no se han podido realizar, y es una lástima, estudios estadísti-

cos, demográficos, sociales a partir de los datos existentes, por ser muy escasos en estos aspectos. En este capítulo incluye su lista de tipos de tumbas, formadas por 8 grandes grupos y siguiendo un criterio de complejidad progresiva que parece apropiado: del más sencillo, el "bustum" (tipo I), a los más variados, las tumbas de pozo y/o cámara (tipos VI y VII), pasando por las incineraciones en urna, las tumbas de fosa, las de cista y las de sarcófago monolítico. Finalmente, un grupo VIII sirve para agrupar las tumbas de tipología indeterminada. En total hay 69 variantes.

Dedica después una tercera parte a presentar brevemente las necrópolis estudiadas, mencionando los tipos que en ellas aparecen (según su propia clasificación) y dando la bibliografía imprescindible de cada una de ellas. El amplio marco geográfico explica también la diversidad de tipos: se estudian en efecto las necrópolis, de este a oeste, de Malta, Sicilia, Túnez, Cerdeña, Argelia, Ibiza, Marruecos y la Península Ibérica.

El capítulo IV conforma lo que podríamos llamar el cuerpo de la obra. En él se hace, clara y detenidamente, el estudio por tipos, subtipos y variantes. Se reproducen la mayoría de los dibujos ilustrativos de las diversas tumbas, exponiendo todos los lugares donde aparecen y mencionando, con mayor o menor precisión y extensión, los ajuares que en ellas se hallaron. Hay un apartado en el que se profundiza en las características de los tipos VI y VII. El primero de estos es el de tumba de pozo simple, excavado en la roca, y que puede tener urna cineraria al fondo, o sólo depósito del o los muertos, así como entalladuras en la roca para facilitar el descenso. El tipo VII es el de las tumbas más variadas, de pozo y cámara o cámara sólo, en el que el A. incluye un gran número de variantes, en función del número de cámaras, existencia de urnas, nichos, bancos, hoyos, fosas, corredor de acceso, etc., elementos que hacen de este tipo el más complejo e interesante.

En las conclusiones se presenta una recapitulación de los tipos, con las principales deducciones culturales, y una útil síntesis del tipo VII, el más variado como hemos dicho.

Acompañan al final una extensa bibliografía general, los índices (de topónimos, figuras, y general) y una serie de mapas del Mediterráneo con la dispersión de cada subtipo, además de un mapa de distribución de las necrópolis. Tal vez era innecesario que cada mapa de subtipos representase el Mediterráneo oriental, pues el ámbito de la obra no sobrepasa, hacia el este, Sicilia y Malta.

Como se puede apreciar, la obra es de un gran interés, que hubiera sido incluso mayor si se hubiese podido acentuar la correlación ajuares-tumbas (estas no configuran del todo el mundo funerario sin aquellos). La obra

utilísima por otro lado como referencia para futuros estudios. El gran número de variantes propuesto, con alguna que sólo tiene una tumba, forma un amplio catálogo que puede irse enriqueciendo progresivamente y ser utilizado con provecho por los investigadores. Pero habría que pensar en una utilización flexible, aprovechando lo que a cada cual parezca más manejable, por ejemplo los ocho tipos principales y los siete subtipos del tipo VII. Parece en efecto que 69 subtipos son demasiados para permitir una utilización efectiva de la tipología.

Aún así creemos sinceramente que el autor ha conseguido sus objetivos. El campo era virgen, y la ardua labor realizada abre nuevas perspectivas. Existen algunos puntos que podrían ser objeto de discusión, como la atribución al siglo VII a.C. de las tumbas de Illa Plana ( tipo VI - 1 - a ) basándose en Román Ferrer ( *Antigüedades ebusitanas*, 1913 ), cuando a partir del trabajo de J. Ferron y M. E. Aubet ( *Estatuillas de orantes del mundo cartaginés: tipología y cronología*, 1974 ) se puede fijar una cronología en torno a los siglos V-IV ( M. Tarradell - M. Font: *Eivissa Cartaginesa*, 1975 ).

Pero la inmensa bibliografía manejada y condensada, así como la utilidad de los principales tipos establecidos, hacen del libro un repertorio inestimable y una fuente de paralelos para cualquier estudio del mundo funerario fenicio-púnico. No es este un campo en el que abundan las publicaciones en nuestro país, y por ello debemos saludar la feliz aparición de esta.

Carlos Gómez Bellard